

Parentesco selectivo*

Benedict Anderson

Sugerencia de cita / Suggested citation: Anderson, B. (2016). Parentesco selectivo. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (1), 93-107.

1

Pasé mi infancia en una época remota, en que la gente asociaba la palabra *identidad* con álgebra y lógica formal o, si no, seguida por la palabra *equivocada*, con la falta de correspondencia entre un nuevo cuerpo en un depósito de cadáveres y una dirección postal. Las personas todavía tenían alma, pero, como es inmortal y, por lo tanto, difícil de diferenciar, era, en todo caso, una cuestión oculta del Señor. En vez de alma, normalmente se hablaba de *carácter*, una especie de ADN moral o inmoral determinado de manera abrumadora por tu linaje, pero sujeto a un mínimo de mejoría gracias a una religiosidad exacerbada o a un tiempo entre rejas. Entonces te podías convertir en una persona con carácter reformado. La frenología *amateur* era de gran ayuda para adivinar incluso el carácter de los recién nacidos: poca o mucha distancia entre los ojos, la inclinación y largura de la nariz, los labios gruesos

o finos, una barbilla más o menos pronunciada, el ángulo de las orejas y un largo etcétera. Las mujeres con experiencia solían mirar al recién nacido, disfrutar viendo la barbilla hundida del padre, los ojos juntos de la madre, la nariz puntiaguda de la abuela y el labio inferior demasiado grueso del abuelo y predecir de mal humor la vida de un despilfarrador, de una furcia, de un avaro o de un bobo.

Por eso nunca se me ocurrió pensar sobre mi «identidad» hasta casi los treinta años. En aquella época ya era consciente de que, con un padre irlandés y una madre inglesa, podía escoger, y decidí solicitar la nacionalidad irlandesa. Más adelante explicaré el conjunto de motivos que me llevaron a esta decisión. El punto de partida tiene que ser la vida y la carrera de mi padre, James Carew O’Gorman Anderson (1893-1946).

Creció en el condado de Waterford. Durante los últimos años de su juventud decepcionó tanto a su padre, militar y hombre estricto, con un primer año poco brillante en la Universidad de Cambridge, que le

* Texto traducido del inglés por Elijía Lutze con la colaboración de María Josep Cuenca. Traducción del artículo previamente publicado por la revista *Dublin Review*, número 10, Primavera de 2003, pags. 5-29. Agradecemos el permiso de la revista *Dublin Review* para su traducción y publicación.

dijeron que se hiciera un hombre y buscara trabajo. Después de un año de precariedad, encontró un trabajo como asalariado en la empresa multinacional Imperial Maritime Customs Service of China, una empresa de servicios aduaneros en la China. Se encontraba a bordo de un barco entre Colombo y Singapur cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Puesto que pensaba, como la mayoría de personas en aquel momento, que la guerra se acabaría en cuestión de pocas semanas, se puso a estudiar chino con entusiasmo y se sorprendió al descubrir que tenía un talento excepcional para esta lengua. A primeros de 1915 ya era evidente que la guerra continuaría por mucho más tiempo. En aquellos días, su padre era general del ejército imperial británico y, por esta única razón, mi padre decidió alistarse. Afortunadamente, en aquel momento el Servicio de Aduanas temía perder el personal esencial y publicó una circular que establecía que cualquier persona que se alistara perdería el trabajo y tendría que reembolsar en efectivo todo el dinero que el Servicio había invertido en ella (el hermano menor de mi padre, Sainthill, se alistó en el ejército y lo mataron la última semana de la guerra).

Por lo tanto, mi padre vivió en China todos estos hechos, desde 1913 hasta la vigilia de la Guerra del Pacífico, salvo por algunos permisos ocasionales para volver a Europa. Con el paso de los años no solamente llegó a dominar completamente el chino, sino que descubrió que apreciaba a la gente corriente del país y gran parte de la cultura china. Su primera mujer fue Stella Benson —excelente escritora de novelas y relatos breves relacionada con el círculo de escritores de Bloomsbury— que estuvo mucho tiempo con él en China, donde, de hecho, escribió parte de sus mejores obras y donde también murió, todavía joven. Más tarde, en uno de sus permisos periódicos, mi padre conoció en Londres a mi futura madre, pidió su mano, se casaron el año 1935 y se la llevó a China. Yo nací al año siguiente en Kunming, la capital, todavía preciosa entonces, de la provincia del extremo sudoeste de la China, con frontera con el Tíbet, Birmania y el Vietnam. La vía de entrada más fácil a Kunming era un espectacular ferrocarril construido por los franceses, que subía desde el Hanoi colonial hasta las montañas altísimas de la

frontera china. Mis padres hicieron grandes compras en Hanoi durante el camino, el mismo que hacía una joven vietnamita de nombre Ti Hai, que me hacía de niñera y me enseñó las primeras palabras humanas, según una leyenda familiar, en vietnamita.

Durante el siguiente permiso de mi padre, Ti Hai nos acompañó a Waterford; aún conservamos unas fotos preciosas de ella en el muelle de Waterford y en la playa de Woodstown, con sus dientes relucientes teñidos de negro y su elegante turbante. Católica ferviente, era una persona que llamaba la atención por su exotismo cada vez que iba a misa; era probablemente la primera asiática que habían visto en persona todos los que se reunían fielmente. Era ahorradora y dejó su dinero en una cuenta en uno de los bancos de Waterford, completamente convencida de que volvería con nosotros a Waterford, un lugar que le gustaba mucho, la próxima vez que mi padre tuviera permiso para volver a casa. Mientras tanto, mi madre había ido a Londres para dar a luz a su segundo hijo, mi hermano Rory.

En 1941 mi padre consiguió otro permiso y decidió llevar a la familia a California, puesto que atravesar un Atlántico infestado de submarinos era difícil y peligroso. Ti Hai tenía que ir con nosotros, pero las leyes racistas de los Estados Unidos no le permitieron obtener un visado. (Regresó a Tonquín, que estaba bajo dominio colonial del gobierno de Vichy hasta el golpe de estado japonés en marzo de 1945, la consiguiente invasión de los ejércitos de Chiang Kai-shek en otoño del mismo año y, finalmente, las luchas entre la Liga Vietnamita por la Independencia (el Viet Minh) de Ho Chi Minh y la Francia imperial hasta la derrota histórica por parte de los franceses en Dien Bien Phu el año 1954. En todos estos follones, perdimos de vista a Ti Hai y, a pesar de muchas investigaciones, mi madre no pudo restablecer nunca más el contacto. Como solo ella podía operar con la cuenta o cancelarla en el banco de Waterford, todavía hoy en día debe estar sin reclamar.) Estábamos en California cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor; no había manera de volver a China y, por este motivo, tuvimos que pasar los años de la guerra en los Estados Unidos, parte en San Francisco, parte en Denver, donde nació mi hermana

Melanie el año 1943. Rory y yo fuimos a la escuela y experimentamos por primera vez lo que era que alguien se riera de nuestro acento. El año 1945, tan pronto como se pudo viajar de nuevo, fuimos directamente a Waterford, donde nos quedamos primero con mi abuela y mi tía abuela; ambas mujeres estrictas, que pasaban de los noventa, a quienes no gustaban los niños y que solamente se apasionaban peleándose y con sus gatos rivales; después estuvimos con un pariente lejano mayor en una casita sin electricidad en la playa de Woodstown. Finalmente, mi padre, que hacía tiempo que tenía problemas de salud, compró una casa en las afueras de la ciudad de Waterford; era una casa fría y húmeda, pero con una vista fantástica sobre el río Suir y un jardín a la orilla de este desde el cual podíamos saludar a los marineros en sus barcos de vapor, que llevaban y retornaban gente de Fishguard. Unos meses después murió mi padre, y al cabo de un año le siguieron su madre y su tía.

A Rory y a mí nos habían matriculado en Waterford Newtown, una escuela cuáquera. Íbamos en autobús desde Woodstown y, después, desde nuestro nuevo hogar, en burro y carruaje y, más tarde, en bicicleta. En aquel momento, las leyes de la República de Irlanda exigían que todos los niños aprendieran gaélico o latín. Mi madre insistió en el latín, lo que acabó resultando una decisión providencial: mi profesor (particular) de latín era una de aquellas curiosas personas capaces de hacer amar esta lengua tan difícil para los niños inquietos. Pero mis recuerdos más vívidos de Newtown son: hacer campana regularmente porque tenía miedo al profesor de matemáticas, violento y abusivo; entrar en una banda juvenil capitaneada por una chica dura de nombre Fiona; y que se burlaban de mí por hablar como un americano. También había el peligroso viaje en bici a Newtown y después el regreso a casa, viaje en que nos teníamos que exponer a un grupo de chicos católicos locales, que nos esperaban armados con palos, y cosas así. La bajada era lo de menos: podíamos bajar corriendo a toda prisa con nuestras bicicletas y pegar a nuestros enemigos con palos o paraguas mientras pasábamos a toda velocidad. Pero después, al atardecer, lo pagábamos en la subida de regreso a casa.

Yo entendía la lucha diaria en términos casi religiosos: ellos eran católicos y nosotros, protestantes. No se me ocurrió hasta después que la clase social también tenía algo que ver.

2

Después de la muerte de mi padre, mi madre decidió enviarnos a Rory y a mí a un internado en Inglaterra. Si buscáis alguna prueba de que aquella era todavía una especie de edad de oro, reflexionad sobre esto: mi madre no dudó ni un momento en dejarnos (con once y nueve años), completamente solos, en el barco rumbo a Fishguard, con billetes para el tren de la Great Western Railway que partía sobre las 3 de la madrugada hacia la estación de Paddington. Su confianza, que hoy en día se consideraría poco menos que criminal, estaba en realidad bien justificada; en las docenas de viajes que hicimos entre Irlanda e Inglaterra, nunca nos pegaron, ni secuestraron, ni violaron, ni atracaron ni engañaron en absoluto.

Eso sí, en las escuelas inglesas se nos tachaba de «irlandeses», igual que habíamos sido «americanos» en Waterford e «ingleses» en California. La escuela solo nos ocupaba dos tercios del año y el resto lo pasábamos mayormente en Waterford. Pero también allí éramos gente singular: éramos la única familia en centenares de kilómetros que comía arroz habitualmente. También solíamos comer pescado, me parece que desde los días de China, de modo que éramos los reyes de Flanagan, la pescadería, la exótica tienda que estaba tan monumentalmente desierta como la catedral de la Iglesia de Inglaterra, menos los viernes, los días de expiación, cuando centenares de tristes mujeres católicas iban fatigosamente a buscar paquetes de vil caballa envuelta con papel marrón agujereado. A pesar de todo, Waterford era mi casa.

Después de graduarme en Cambridge el verano de 1957, me di cuenta de que no tenía ni idea de qué quería hacer después, y me quedé en casa sin hacer nada durante unos meses, lo que cada vez irritaba más a mi madre. Entonces la casualidad cambió el curso

de mi vida. Un antiguo compañero de clase, a quien había confesado mis inquietudes, me escribió desde la Universidad Cornell para ofrecerme la posibilidad de una solución transitoria. Él había ido para pasar un año estudiando sin demasiadas obligaciones y me dijo que podía organizarlo todo para que yo ocupara su plaza como estudiante de políticas y becario de colaboración. En aquel momento, mi hermano, más concienciado políticamente que yo, intervino para darme un empujón. Me recomendaron vivamente que fuera porque el profesor George Kahin, el gran pionero de América en estudios de política indonesia moderna, era profesor en Cornell... e Indonesia aparecía mucho en las noticias durante el otoño de 1957. Una serie de golpes de estado realizados por caudillos locales y disidentes regionales estaba llevando el país hacia una guerra civil inminente (que, en realidad, estalló en febrero de 1958). Se denunciaba ampliamente que tras los rebeldes había la CIA de Allen Dulles, preocupada por la política del presidente Sukarno y de sus seguidores nacionalistas y comunistas.

En mi último año en Cambridge, había empezado a tomar conciencia política. El ataque militar de Inglaterra, Francia e Israel al Egipto de Nasser (junto con las mentiras descaradas del primer ministro Eden sobre el tema) fue el detonante principal. Pero el Imperio Británico también enseñaba los dientes en otros lugares. Durante la rebelión del Mau Mau de 1952-1959, mataron a 11.500 kikuyus y encarcelaron durante años a muchos miles más. A primeros de 1956, la EOKA del coronel George Grivas comenzó una campaña de guerrilla contra el gobierno británico en Chipre y miles de tropas imperiales fueron destinadas a una brutal guerra de represión. Y el amargo estado de emergencia, que duró doce años, aún estaba en vigor en la Malasia colonial, aunque ya el año 1957, cuando Londres transfirió la soberanía al gobierno aristocrático malayo, los insurrectos habían sido derrotados. También en Argelia había una guerra despiadada entre el imperialismo francés y el FLN.

Llegué, pues, a Cornell en enero de 1958, con una nieve que me llegaba a la cintura, entusiasmado ingenuamente, pero sin intención seria de quedarme

más de un año. Pero el lugar como tal y las clases de Kahin sobre Indonesia y el sudeste asiático en general, y también sobre la política americana en Asia, me engancharon rápidamente. Me di cuenta de que quería seguir sus pasos, tanto académicamente como políticamente. Pasé cerca de dos años y medio en Indonesia, de 1962 a 1964, investigando para mi tesis doctoral, y este período tuvo un impacto decisivo en mí. No era simplemente que me enamorase de este país, la gente, la cultura, la comida, los paisajes tan fantásticos, incluso los olores. Era, también, que Indonesia estaba políticamente saturada: un presidente populista (cuyos discursos veía frecuentemente) que dijo a los americanos que sus ayudas se las podían meter donde les cupieran; el partido comunista más grande del mundo, fuera del bloque sino-soviético (allí conocí, por primera vez en mi vida tan protegida, a comunistas y muchos me caían simpáticos); un ejército exrevolucionario conservador y cada vez más corrupto; grandes organizaciones musulmanas de tendencias diferentes; etcétera. Hacia el final de 1962, estalló una rebelión popular en la colonia británica de Borneo Septentrional, dirigida principalmente contra el sultanato de Brunei, rico en petróleo explotado por la empresa Shell. El imperio británico destinó tropas británicas y mercenarios gurkhas para reprimir la revuelta e inició los procedimientos necesarios para crear un estado nuevo, Malasia, añadiendo Sarawak y Sabah (pero no el Brunei de Shell), y también el Singapur de Lee Kwan Yew. Esto enfureció al gobierno de Indonesia y a gran parte de la población políticamente activa, y respondieron con incursiones trasfronterizas poco efectivas, la nacionalización de las empresas británicas y la quema de la embajada británica. Recuerdo como, adaptado a la vida de allá y vestido con un *sarong* tradicional como yo iba, observaba el humo que formaba nubes encima de este edificio... y sentía una determinada sensación de *Schadenfreude*.

Cuando volví a Waterford, en abril de 1964, se puede decir que más o menos ya tenía más que suficiente de la Gran Bretaña. Decidí ver si podía convertirme en un ciudadano irlandés y, de esta manera, renunciar a mi pasaporte británico que había adquirido en la infancia

durante los viajes con mi madre y mi tía inglesa. La respuesta de Dublín a mi solicitud de información sobre cómo convertirme en un ciudadano nuevo fue explicarme que lo único que necesitaba era demostrar por escrito que al menos uno de mis padres o abuelos había nacido en Irlanda. Parecía bastante sencillo. Pero cuando empecé a investigar, resultó que mi padre había nacido en Penang, donde habían destinado a su padre, un oficial en servicio activo en el ejército británico. Mi abuela por parte de padre, de nombre Frances Alice O’Gorman, había nacido en Gales y mi abuelo, en Singapur, donde había estado destinado su padre, también militar. En conclusión, estaba en un callejón sin salida: todos los hijos de la hermana de mi padre habían nacido en Irlanda, pero yo no compartía la suerte de mis primos.

Entonces, mi madre tuvo la excelente idea de enviarme a hablar con el diputado del Fine Gael de Waterford en la Dáil Éireann, la cámara baja de Irlanda. ¿Se llamaba Jack Walsh? No lo recuerdo exactamente. Era muy amable —¿quizá tenía la esperanza de que me apuntaría al partido o, por lo menos, de que les votaría?— y, cuando le expliqué mis problemas, me dijo que podía ayudarme, pero solo si le presentaba una genealogía razonablemente completa de la parte irlandesa de mis antepasados. La verdad es que sabía bien poco de mis antepasados.

De pequeños supimos que mi tía Babbie —que tenía la risa más preciosa que he oído nunca— llamaba Seamus a su hermano menor, en vez de llamarle James, como constaba en su partida de nacimiento. Antes de morir, mi padre me contó riendo que me había dado el apellido de soltera de su madre, O’Gorman, porque él y yo representábamos la línea de descendencia principal del antiguo clan de los O’Gorman y teníamos, por lo tanto, el derecho a llamarnos «los O’Gorman», siempre que no nos importara que la gente se burlara de nosotros. También había insistido en llamar Rory a mi hermano menor, que es como lo llamamos hasta ahora en el seno de la familia, mientras que el resto del mundo lo conoce como Perry. Esto era aproximadamente todo lo que sabíamos para comenzar el árbol genealógico.

Entonces, mi madre tuvo una inspiración genial. Llamó a un amigo suyo, Hubert Gallwey, un «hombre encantador» de una familia que monopolizaba prácticamente la importación local de vinos franceses y jerez español. Ella recordaba que la historia de Waterford y, en concreto, las genealogías de la ciudad eran una de las aficiones de su amigo. El señor Gallwey estuvo muy contento de ayudarme. De manera sorprendentemente rápida, este genealogista aficionado me entregó un documento maravilloso (al menos a mí así me lo pareció). También debió de maravillarse a nuestro diputado, puesto que se lo creyó tal cual. Dublín también debió de creérselo, ya que al año siguiente me naturalizaron como nuevo ciudadano y recibí un pasaporte nuevo y flamante (que todavía guardo). Pero todo esto ¿era una verdad divina? Nunca se lo preguntamos al Señor.

Lo primero que reveló la genealogía fue que yo era, por la parte irlandesa, un híbrido bien peculiar entre estrellas políticas y galones militares. También era evidente que las primeras me ayudarían más en Dublín que no estos últimos.

3

Los antropólogos que han estudiado pueblos «primitivos» nos han enseñado que suelen poner en práctica un linaje «selectivo», destacando los antepasados de los cuales se sienten orgullosos o que pueden explotar y obviando aquellos de los cuales se avergüenzan, los inútiles y los aburridos; también suelen practicar el «parentesco ficticio», es decir, el hecho de incluir en su linaje a personas «maravillosas» de fuera de la familia que despiertan una simpatía que les podría ser útil. La lectura de mi árbol genealógico sacó a la luz del día el primitivismo más elegante de mi carácter.

Por lo que respecta a este espíritu primitivo, empezaré por las estrellas, que son básicamente los antepasados O’Gorman de mi inflexible abuela. Según el señor Gallwey, se podía reseguir la línea ancestral hasta James Gorman (sin O’, ¡Virgen Santa!) de Ennis, en el condado

de Clare, nacido en 1717 y fallecido en 1787 (la primera generación). ¿Quizá el señor Gallwey se mostraba discreto? Mi hermano Rory/Perry había descubierto entre los papeles de nuestro padre un documento que constataba que los O’Gorman ocuparon regularmente la posición de alto sheriff del condado de Clare en la época isabelina y, por lo tanto, debían de haber sido cómplices en las represiones de los Tudor, aunque las represiones más graves se produjeron en Ulster y en Munster (cabe señalar que, en aquella época, Clare aún formaba parte de Connacht). Se casó a la joven edad ya un poco en declive de cuarenta y tres años, con Susanna, la hija del mercader Murtagh Mahon, de Ennis. James Gorman tuvo cuatro hijos vivos, todos los cuales ascendieron a O’Gorman; de tres aún no sabemos la fecha de nacimiento. Estos hijos (la segunda generación) eran Nicholas Purcell (1778-1857), Richard (fallecido en 1867), James (sin información) y la pequeña Barbara.

No sabemos nada concreto sobre la clase social o la ocupación de James Gorman, pero consiguió enviar a dos de sus hijos al Trinity College, mientras que su hermano era probablemente un acomodado comerciante de lana en Dublín. En aquel Clare remoto y empobrecido de finales del siglo XVIII debía de haber bien pocos católicos capaces de hacer «progresar» a sus hijos de tal manera. Me imagino que no era miembro de la alta burguesía rural, sino que hacía de comerciante en la capital del condado de Ennis. Sus descendientes siguieron el mismo patrón como personas de negocios y profesionales en la ciudad.

De Nicholas Purcell, el hijo mayor de los que sobrevivieron, sabemos que cuando ya era mayor afirmó ser descendiente del coronel Nicholas Purcell de Loughmore, en el condado de Tipperary, el cual organizó un regimiento (Purcell’s Horse) para Jaime II de Inglaterra, que luchó en la batalla de Boyne y el sitio de Limerick y que fue uno de los signatarios irlandeses del Tratado de Limerick de 1691.

El señor Gallwey mencionó esta reivindicación, pero señaló en una sobria nota de pie de página que no había encontrado ningún documento que probara

esta conexión lineal. ¿Quizá tenía que ver con la «O»? En realidad, no le hacía falta este antepasado, a Nicholas, que era todo un personaje por sí mismo. A los dieciséis años, el 2 de junio de 1794 (un mes antes de la caída del poder de Robespierre), lo admitieron en el Trinity College. Una vez se hubo graduado, pasó directamente de este nido de radicalismo a la rebelión de los Irlandeses Unidos y acabó entre rejas en Ennis por sus condenas. Como era una persona difícil de desanimarse, al salir de la cárcel consiguió la capacitación como abogado del colegio de abogados Gray’s Inn el 9 de mayo de 1803. Algún tiempo después, se hizo amigo de Daniel O’Connell y lo acompañó con motivo del famoso duelo con D’Esterre en 1815. En el momento oportuno, pasó a ser el secretario de la Asociación Católica de O’Connell, hasta que él y su líder se enfrentaron violentamente. Desgraciadamente, eso le obligó a pasar los últimos años de vida como abogado en medio del anonimato de Kilkenny (mi hermano, también pelirrojo dorado de pequeño, heredó, como toca, el retrato familiar del Nicholas pelirrojo, pintado posiblemente una década antes de su muerte; tiene aspecto de inteligente, orgulloso y vanidoso).

Por sus servicios a la Santa Fe, Nicholas Purcell O’Gorman recibió un bonito anillo y una caja de rapé bastante *kitsch* regalada por el Santo Padre, con una imagen de Su Santidad en el interior. Mi familia aún la conserva, a pesar de que hoy en día resulta difícil encontrar rapé. Pero la caja está vinculada a un rompecabezas político-religioso, lo que me hace dudar sobre si se tendría que obviar o destacar sin ambages en la genealogía, puesto que el donante fue nada menos que Pío Nono, el papa Pío IX.

Giovanni Mastai-Ferreti se convirtió en el papa Pío IX en 1846, un año antes de que O’Connell muriese en Génova decepcionado y dos años antes del *annus mirabilis* de la Europa revolucionaria (y de Karl Marx). Pío IX empezó siendo un reformador liberal y hasta creó por primera vez una especie de constitución y legislatura para los extensos Estados Pontificios. Sin embargo, se resistió a la oleada creciente del nacionalismo italiano, liderado por

Mazzini y Garibaldi y en 1848 se vio forzado a huir al Nápoles dominado por España, donde permaneció durante dos años de exilio furioso y humillante. El año 1850, cuando volvió a Roma, la intervención de Napoleón III ya había provocado la caída de los Estados Pontificios más grandes y había rematado para siempre la larga y dudosa historia del poder temporal del papado. Hacia 1870, lo que quedaba había sido absorbido por el nuevo reino de Italia. A partir de 1850, Pío IX fue un prelado completamente diferente que se oponía duramente al liberalismo, la democracia, el nacionalismo y la modernidad. En el Concilio Vaticano de 1860, proclamó el dogma de la infalibilidad del papa y él mismo se mantuvo firmemente infalible hasta la muerte, nueve años más tarde. En Italia, a los católicos se les prohibía votar o participar de cualquier otra manera en la política «italiana», hostilidad inalterable que duró hasta el concordato de Mussolini con la Santa Sede el año 1929.

¿Cuándo envió Pío IX el anillo y la caja de rapé a Nicholas Purcell O’Gorman? No lo sabemos. Estaría bien suponer que fue antes de la huida a Nápoles, tal vez en la época que murió O’Connell en Génova. En todo caso, debió ser antes de 1857, cuando el mismo Nicholas falleció. Pero, desgraciadamente, lo más probable es que los regalos fuesen del Pío IX reaccionario y no del liberal.

Richard, el hermano de Nicholas, que había aprendido en Dublín el negocio de la lana de su tío Nicholas Mahon, también se alistó en los Irlandeses Unidos y también acabó en la cárcel. Más tarde, cuando su hermano se fue, lo sustituyó como secretario en la sede central de la Asociación Católica. Debía de tener un carácter más afable que él, considerando que ayudó a O’Connell durante todo el movimiento por la derogación y aún vivió veinte años después de la muerte de su superior.

De la única hermana de estos chicos, Barbara, solo sabemos que se quedó en casa, en Clare, y que en febrero de 1798 se casó con Patrick Mahon de Sangville, en el mismo condado. Dos años después tuvo un hijo

que yo considero como nuestro *paycock*¹: Charles James O’Gorman Mahon; más adelante ampliaré la información sobre él.

La tercera generación era, por diversos motivos, más compleja que la de sus predecesores. Nicholas Purcell O’Gorman tuvo tres hijos con su primera mujer, Frances Smith, una joven de Castlepark, en Limerick. El hijo mayor, Nicholas Smith (1814-1894), fue un abogado acomodado de Clare y, finalmente, recogió los frutos del éxito de la Asociación Católica: llegó a ser juez de paz en Bellevue. Debía de tener treinta y tres años cuando comenzó la gran hambruna irlandesa y, en aquella época, las personas se hacían adultas rápidamente. ¿Era ya magistrado cuando ocurrió el desastre? Y, si lo era, ¿qué hizo y qué no hizo? No lo sé, pero tengo algunas sospechas maliciosas. Del segundo hijo solo sabemos que entró en el Trinity College el año 1830 y que, siguiendo una venerable tradición entre los alumnos de esta institución, se perdió en una vida un tanto oscura.

El hijo menor, Purcell O’Gorman, nacido en Kilkenny en 1820 y fallecido en 1888, es una historia bien diferente. Educado inicialmente en Clongowes, imitó a su padre: entró en el Trinity College a los dieciséis años y salió en 1840 con un título de derecho. Seguidamente, se alistó en el ejército imperial, más exactamente en el 90.º regimiento de infantería ligera, rompiendo con las tradiciones anticoloniales de los O’Gorman (esta era una opción generalizada en la época posterior a la Emancipación para los hijos menores de los profesionales y la alta burguesía que estaban bajo la tiranía de la primogenitura). El joven Purcell sirvió en Ceilán, en Mauricio —donde se salvó por los pelos de la muerte dentro de los restos del naufragio del barco de transporte militar *Maria Soames*— y, finalmente, en la desastrosa mal denominada Guerra de Crimea. Después del ataque a Sebastopol, se jubiló, con el rango de mayor, en Kilkenny, donde lo nombraron juez de paz. Pero, desgraciadamente, no por mucho

1. Nota del traductor: *Paycock*, como forma informal de la palabra *peacock*, significa ‘pavo real’ y hace referencia a la obra *Juno and the Paycock* del irlandés Sean O’Casey.

tiempo: lo despacharon sumariamente por haber hecho «comentarios contrarios al juez Keogh». No obstante, tuvo su momento de gloria cuando lo votaron como diputado del Parlamento por la ciudad de Waterford en 1874 (fue el primer O’Gorman que se estableció en este condado) y se convirtió en un fiel defensor del bloque de la *Home Rule*, el grupo parlamentario irlandés capitaneado por los diputados Butt y Parnell. Según las historias familiares, era el hombre más gordo de Westminster: pesaba más de 130 kg y le tuvieron que hacer un corte con forma de media luna en la mesa del comedor para que pudiera alcanzar la comida que había más allá de su barriga. Perdió las reelecciones de 1880 y, afortunadamente, murió poco antes de la trágica caída de su admirado líder el año 1889.

Muy a menudo, mi madre hacía referencia a este personaje tan inmensamente gordo, mi bisabuelo, como ejemplo para advertirnos a nosotros cuando, de pequeños, nos comportábamos como glotones insaciables con las empanadillas de carne picada y la mantequilla de brandi. Pero no se mencionaba tanto el otro aspecto que rompía con la tradición de los O’Gorman: fue el primero en casarse con una protestante y, además, de Lancashire: Sarah Mellor de Ashton. Mi abuela, la hija mayor y la segunda entre todos los hijos de Purcell O’Gorman, nació en 1851, el año de la Gran Exposición y tres años antes del inicio de la Guerra de Crimea, por lo que él debió de casarse hacia el final de los años 1840, cuando todavía era oficial y estaba destinado temporalmente en Inglaterra.

¿Cómo funcionó el matrimonio entre miembros de diferentes religiones? Una cosa es clara: los tres hijos nacieron mucho antes de que Pío IX se lanzara al galope de la infalibilidad. Por lo tanto, la pareja siguió una sensata tradición irlandesa, o así nos lo contaban, según la cual, y en nombre de la armonía y la justicia, los chicos seguían la religión del padre y las chicas, la de la madre. Esta era la razón por la que mi abuela y mi tía abuela Mary, por parte de los O’Gorman, iniciaron su vida como protestantes, mientras que su hermano Purcell Edwin, mi tío abuelo, creció como católico. Algún tiempo después, el piononismo llegó a Irlanda,

junto con la insistencia ultramontana de que todos los hijos de matrimonios mixtos debían educarse como católicos. Ni que decir tiene que entonces este tipo de empezaron a escasear. En el Waterford de mi juventud, los muros entre las comunidades religiosas ya eran bien altos.

Esto es todo por lo que respecta a los hijos de Nicholas Purcell O’Gorman. ¿Y qué hay de los hijos de su hermano menor, Richard, el mercader de lana, neodublín y defensor de Daniel O’Connell? Tuvo dos hijos: Richard O’Gorman Jr. (1820-1895) y Mary Frances. El joven Richard estaba cortado por el mismo patrón. Entró en el Trinity College con diecisiete años, obtuvo el título en 1842 y trabajó como abogado en Dublín hasta la rebelión de 1848, de la cual fue uno de sus líderes. Cuando fracasó, huyó a París y después a Estambul. (Me pregunto si lo guiaba la brújula de Jean-Jacques Rousseau, que dijo a sus nobles clientes polacos que la política de la Sublime Puerta «aunque menos ilustrada y diestra, es más recta y sensata. Además, tiene la ventaja de que valora, más que las potencias cristianas, cumplir sus compromisos y respetar, generalmente, sus tratados».)² Desde aquí continuó su viaje hacia América, donde más tarde con la ayuda del Tammany Hall pasaría a ser juez del Tribunal Supremo de Nueva York, justo en el mismo momento en que su primo hermano ocupaba su escaño como hombre más gordo en el parlamento del Reino Unido en Westminster.

Mientras tanto, Mary Frances también estaba ocupada. En su primer matrimonio con Nicholas Lalor, tuvo una gran prole, que ascendió varios escalones sociales cuando empezó a llamarse O’Gorman Lalors. La segunda vez se casó con un O’Flaherty de Lisdoona House, en Galway. De pequeña, mi madre solía visitar a Eva O’Flaherty (1874-ca. 1963), la hija de Mary Frances de este segundo matrimonio, en su casa de la isla de Acaill.

2. Nota del traductor: Traducción nuestra del francés. El ensayo original, publicado en 1782, se titula *Considérations sur le gouvernement de Pologne*.

Pero la estrella más extraña de la tercera generación era, sin duda, nuestro *paycock*, Charles James O’Gorman Mahon, diputado en el Parlamento, hijo de Barbara O’Gorman y Patrick Mahon de Sangville, del condado de Clare. Tal como era habitual en aquel tiempo, Barbara se casó mucho antes que sus hermanos y dio a luz a Charles James el día de San Patricio de 1800. Según la historia —es, sin duda, versión de él—, Charles James fue fundamental en el momento de asegurar el triunfo electoral de O’Connell en Clare el año 1828; él mismo fue elegido como diputado por el condado en 1830. Lamentablemente, perdió el escaño por motivos —¿verdaderos? ¿difamatorios? ¿mitad y mitad?— de ¡soborno electoral! Cuando se volvió a presentar a las elecciones, el año 1831, O’Connell apoyó a un rival suyo (entonces con éxito). Nuestro héroe no se lo perdonó jamás, al Libertador. A pesar de que en 1834 lo admitieron en el Colegio de Abogados, no ejerció como abogado y partió hacia una vida itinerante en ultramar. Comenzó en Francia, donde más tarde afirmó haber sido amigo íntimo de Talleyrand y del rey Luis Felipe I de Francia; a continuación, se fue a África, a Oriente (el primer O’Gorman en Asia, posiblemente, un poco antes que su primo imperialista y seguidor de Parnell en Ceilán) y a América Latina. En 1846 volvió a casa con grandes ambiciones e historias aún más grandes. Esta vez le acompañó la suerte en las urnas —además, el traidor O’Connell ya estaba muerto y enterrado— y fue diputado por Ennis hasta las elecciones de 1852, que perdió por trece votos. Nuevamente resentido, huyó hacia San Petersburgo, donde el ultrarreaccionario Nicolás I de Rusia lo convirtió en teniente de la fuerza internacional de guardaespaldas del zar. Luchó por su amo contra los tártaros y viajó (según cuenta) a la China y a la India. Posteriormente, luchó como mercenario profesional tanto para los Habsburgo en Viena como para los otomanos en Estambul. Volvió otra vez a América del Sur, justo a tiempo para la guerra civil en Uruguay, donde fue general en el bando del gobierno de turno. Desde allí estaba a solo un paso de Chile, donde (la cosa se pone todavía mejor) mandó toda la flota chilena en la guerra contra España; y de allí al Brasil, donde fue coronel en el ejército del emperador Pedro del Brasil. Finalmente, hizo otro viaje hacia el norte para ayudar a Abraham Lincoln contra la Confederación

antes de volver a Francia, donde Napoleón III lo nombró coronel de los *chasseurs* imperiales. Esto no le impidió hacer amistad tanto con Bismarck como con el príncipe heredero Guillermo de Prusia, llamado por los soldados británicos el «príncipe payaso» (el que posteriormente fue káiser). Desgraciadamente, la victoria contundente de Prusia en Sedán puso fin a Napoleón III y al futuro de nuestro protagonista en París.

Sorprendentemente, va a Irlanda, con setenta y un años, y consigue que lo elijan, dentro del bloque de Parnell, como diputado por Clare (1879-1885) y después por Carlow (¿Carlow?!) desde 1887 hasta su muerte cuatro años más tarde, a la edad de noventa y un años. Se dice que conoció a William O’Shaughnessy el año 1880, cuando los dos hacían campaña electoral en Clare, y fue él quien presentó este fatal capitán a Parnell. Así pues, se sentó en el mismo partido político que su primo gordo de Waterford (¿se avenían o no?). En algún momento (no queda claro cuándo) empezó a describirse a sí mismo como «el O’Gorman Mahon». Cuando ya era viejo, solía presumir a Gladstone de que se había batido en trece duelos (todos provocados por él) y que había matado a algunos de sus adversarios. Pero solo tuvo un hijo legítimo, que murió antes que su grandioso padre. Tendremos suerte si es verdad solo la mitad de la historia que acabamos de explicar, parte de la cual dice el señor Gallwey que encontró en el *Concise Dictionary of Irish Biography* de Cone. Gallwey señaló escuetamente que era difícil establecer los hechos sobre la vida de este aventurero, ya que muchas de las fuentes están sin confirmar.

En la cuarta generación, la grandiosidad familiar, igual que el siglo XIX, ya había acabado prácticamente. Nicholas Smith O’Gorman tuvo un hijo que se alistó en el ejército imperial y una hija que se casó con un mayor de la misma institución. Los hijos de Richard O’Gorman Jr. prosperaron en los Estados Unidos, pero no tanto como su padre. El auge de Tammany Hall ya había cesado. Mi abuela y mi tía abuela formaban parte de esta generación y también ellas se casaron con militares de la zona. La tía abuela Mary cazó al mayor R. Carew y mi abuela, al mayor F. Anderson. Y así fue como mi padre y sus hijos acabamos llamándonos

Anderson de apellido, en lugar de Gorman o, aún mejor, O’Gorman. Sospecho que mi padre lamentaba cómo evolucionaron los acontecimientos y que Seamus, Rory y el fantasma «de los O’Gorman» era su manera de satisfacer su pesar.

Antes de dejar de lado a los O’Gorman, habría que mencionar una última figura bien extraña. Se trata de Thomas O’Gorman u O’Gorman Thomas, nacido en Kilmahill, en el condado de Clare, hacia 1725, y, por lo tanto, uno de los miembros más jóvenes de la primera generación.

El señor Gallwey decía prudentemente que no tenía ninguna prueba definitiva de la relación entre esta figura y el fundador de la familia, James Gorman, pero pienso que podemos imaginar una relación sin mayores problemas. Thomas inició su carrera como miembro de la Brigada Irlandesa en París. Con un metro noventa y una cara bonita, atrajo la atención de Luis XV de Francia, que le hizo el favor de convertirlo en *chevalier*, un título que le procuró mucha satisfacción hasta el fin de sus días. En constante ascenso por la escala social, se casó con la hermana rica del enigmático *chevalier* D’Eon (1728-1810), a quien se debe el término médico ya en desuso de *eonismo*. D’Eon tuvo pronto una brillante carrera como espía magistral, diplomático e incluso oficial de Su Majestad, pero en casi todos los casos vestido de mujer. Cuando lo enviaron secretamente a San Petersburgo para asegurar un tratado favorable con Francia, pasó por mujer con éxito con el fin de acceder al círculo íntimo de Catalina la Grande y ganarse su confianza. Debió gozar de esta experiencia, porque continuó llevando ropa femenina a lo largo de las misiones de alto nivel en Londres y en otras capitales. Pero con el paso del tiempo el chismorreó se intensificaba y la gente estaba cada vez menos segura de qué era qué. ¿Acaso D’Eon realmente era un hombre que se vestía como mujer o es que «él» en realidad era una mujer que fingía ser hombre? ¿O quizá era hermafrodita? Por supuesto la Iglesia también se sintió molesta. Finalmente, el año 1771, la mano displicente de Luis XV se sintió en la obligación de ordenar que sometieran este enigma a un examen médico completo. Cuando los médicos lo declararon anatómicamente

hombre, significó el final de su carrera. Le ordenaron retirarse discretamente de la vida pública y llevar nada más ropa de mujer por el resto de su vida. Debía ser más políticamente correcto verlo como mujer ambiciosa que como hombre decadente.

La mujer de Thomas O’Gorman le aportó como dote extensas propiedades, incluyendo viñas de primera categoría; él hizo buenos negocios exportando vinos. Se le consideraba también un buen erudito del gaélico y coleccionista de manuscritos en esta lengua. Todos estos hechos permitieron otro negocio, al margen de la viticultura: la producción de certificados de linajes célticos antiguos para aquellos descendientes de los *Wild Geese* (el nombre que recibían los soldados irlandeses que trabajaban para otros estados fuera de Irlanda) que anhelaban inventarse credenciales aristocráticas para poder acceder a la corte. Desgraciadamente, los dos negocios acabaron en la ruina con la Revolución Francesa y Tommy tuvo que volver, ya de viejo, a Clare, donde continuó sus investigaciones genealógicas. El 1808 murió en Dremliha. Se dice que todos sus libros y papeles acabaron esparcidos poco después de su funeral. ¿Tuvo hijos? Y, si tuvo, ¿qué les pasó?

Por parte de la línea de los O’Gorman (si pasamos por alto un poco de militarismo imperialista y un poco de oscuridad durante el tiempo de la gran hambruna), Dublín tendría que estar, en mi opinión, bien contento de tenerme como nuevo ciudadano: dos Irlandeses Unidos, dos personajes notables de la Asociación Católica, un hombre que participó en la rebelión de 1848 y salió con vida, así como dos diputados del partido de Parnell, aunque uno de los dos era monstruosamente gordo y el otro, en parte, un charlatán estafador.

La línea de los Anderson es harina de otro costal.

4

Los Anderson habían vivido en Waterford durante más de trescientos años. Parece ser que el primer Anderson fue el mayor Alexander Anderson, que compró la

finca de Grace Dieu, cerca de la ciudad de Waterford, hacia 1690. Sabemos de él que su abuelo paterno fue un escocés que vivió en Banff, mientras que su tío acabó como capellán de Guillermo III de Inglaterra y, no sabemos cómo, consiguió morir en Kilkenny. En cambio, su padre se quedó en Escocia, por lo que parece. La identificación militar del mismo Alexander como miembro del regimiento de infantería de Sir John Hill, así como su «inversión» en Waterford, ponen sobradamente de manifiesto que era un oportunista guillermista neoirlandés.

Evidentemente no se casó nunca o, si lo hizo, no tuvo hijos, ya que, después de su muerte, la finca pasó a uno de sus sobrinos, de nombre también Alexander, bautizado en Botriphnie el año 1688. Sin embargo, este sobrino (la cuarta generación de lo que sabemos del linaje de los Anderson) también se instaló en Irlanda, donde se casó en 1721 con la hija y heredera (Jane) de Sir Francis Brewster, que había sido por dos veces alcalde de Dublín.

De este matrimonio solo dio a Alexander Jr. un hijo, James (la quinta generación), que se casó el año 1764, en segundas nupcias, con Susanna Paul, la hija menor de Christmas Paul, diputado por (no podía ser de otro modo) el condado de Carlow. En esta generación, parece como si se hubiera extinguido el vínculo ancestral con Escocia. Los Anderson iban a toda velocidad hacia la categoría de angloirlandeses.

James Anderson y Susanna dieron seis hijos a la sexta generación. Sabemos poco sobre ellos, salvo una excepción sorprendente. El hijo mayor, James Jr., heredó Grace Dieu, pero murió el año 1754 en Londres sin herederos. Otro hijo, Robert, se alistó en el ejército imperial y murió en la batalla de Alejandría en marzo de 1801. Fue el quinto hijo, Joshua, quien acabó heredando todas las propiedades familiares. El descendiente excepcional fue el general Paul Anderson, Compañero (CB) y Caballero Comandante (KCB) de la Orden del Baño, que nació en 1767 y, cuando fue adulto, también se alistó en las fuerzas armadas del rey Jorge III de Inglaterra. Durante las Guerras Napoleónicas, ascendió a coronel y comandante del 78.º regimiento

de los *highlanders* escoceses. A continuación, fue el ayudante de campo personal, y amigo íntimo, de Sir John Moore, el vencedor de la batalla de La Coruña, y se encontraba con su comandante irlandés cuando este murió, el 16 de enero de 1809. Yo acostumbraba a intentar imaginarme cómo debía ser Paul Anderson cuando, a la edad de dieciséis años más o menos, leí por primera vez la elegía heroica de Charles Wolfe para Moore, que acaba así: «We carved not a line, and we raised not a stone / But we left him alone with his glory» ('No trazamos ninguna línea y no erigimos ninguna piedra / sino que lo dejamos solo con su gloria'). Mi tía Babbie heredó un montón de cartas del general Paul, escritas en una caligrafía elegante del siglo XVIII, algunas de las cuales ofrecen una perspectiva sorprendente sobre este hombre inteligente, que no se casó nunca y que murió el año 1851 en Bath. Una de las personas con quien se escribía era la imponente Lady Hester Stanhope, precursora de aquellas mujeres inglesas valientes y temerarias que, antes de existir los automóviles, viajaron solas al Próximo Oriente, Persia, Asia central y más allá. Creo que no me equivoco cuando digo que Hester fue la primera europea que visitó la necrópolis mágica de Palmira, en la actual Siria, y murió, también sola, en un monasterio en la cumbre de una montaña entre los cedros del Líbano. Si miramos transversalmente, nos percatamos de que Paul era casi de la misma época que Nicholas Purcell O'Gorman y su hermano Richard, los hombres de Irlandeses Unidos y la Asociación Católica.

En la séptima generación volvemos a encontrar un patrón familiar. El tercer hijo de Joshua, Robert Carew Anderson, médico, nació cuando Napoleón se fue al exilio final. Cuando fue mayor, hizo lo que todos los hijos tenían que hacer como cadetes, es decir, hacer carrera alejados del ámbito familiar. Triunfó al combinar la medicina con la carrera militar. Hacia el final de su servicio activo ya había tenido el cargo de inspector en jefe de hospitales del ejército y, previamente, general-cirujano (en la época anterior al éter) del 13.º regimiento de los dragones ligeros. La estrella imperial de la octava generación fue su segundo hijo, Charles, nacido el año 1857, justo cuando estalló la revuelta india de 1857-58. A los

veinte años, Charles luchó en la expedición británica contra los afridios Djawaki (¿qué demonios es esto?); a los veintidós participó en la segunda guerra anglo-afgana de 1878-80; a los veintiocho servía en la última guerra de Birmania, de 1885 a 1886, con la cual se puso fin al reino de Ava, que convirtió al Imperio indio en único territorio budista. Resulta curioso que Charles comandara más tarde la guarnición británica de Hong Kong de 1910 a 1913, servicio que acabó solo un año antes de que llegara mi padre para empezar su servicio. El veterano anciano llegó al apogeo de su carrera durante la Primera Guerra Mundial como comandante general en jefe del ejército de la India meridional. Hasta donde llegan las informaciones, pasó casi toda la carrera militar como un alto cargo en Asia, no en Europa (excepto de 1914 a 1917, cuando comandó el cuerpo de las fuerzas indias en Francia). A lo largo de los años acumuló un título de caballero (el año 1915) y otros honores imperiales diversos. Pero no creo que nadie lo recuerde ya.

Charles fue mi tío abuelo, pero se murió cuando yo era pequeño. Su hermano menor, mi abuelo paterno, nació el año 1860. Hay un pequeño misterio sobre su educación. Lo enviaron a una escuela «en el extranjero», pero no sabemos dónde; lo más probable es que fuera donde estaba destinado su padre, oficial del ejército. Posteriormente fue a la Real Academia Militar de Woolwich. Su graduación coincidió con el punto más álgido de las disputas entre terratenientes y labradores en Irlanda y la aparición de revueltas agrarias, que condujeron a la proclamación de la represiva Ley de Coerción. Así pues, el joven cadete se estrenó en la primavera del año 1881 en «la columna ligera de Cork» con la misión de reprimir los «alborotos de Mitchelstown» (que no deben confundirse con la «masacre de Mitchelstown», de 1887). Después de esto, el imperio británico lo reclamó. Estaba con su hermano mayor durante el asalto de Mandalay en noviembre de 1885, enfermó de «fiebre de Peshawar» y lo enviaron a casa por invalidez durante nueve meses, periodo durante el cual se casó; hablaremos sobre esto un poco más adelante. Hacia el final de 1886, llevó a su mujer a la India, donde creo que nació mi tía Babbie.

Entonces ocurrió una cosa bien sorprendente. ¿Quizá su formación en ingeniería militar en Woolwich había arraigado en él? ¿Quizá el largo descanso en Waterford le dejó tiempo para un hobby? El año 1887 publicó (y me imagino que hasta entonces los Anderson no habían publicado nunca nada) un primer panfleto sobre criptografía. Más tarde quiso patentar un nuevo tipo de regla de cálculo y una nueva calculadora mecánica.

De momento, estas actividades científicas no influyeron en su carrera. Pasó la última década del siglo XIX en la Malasia colonial (por eso mi padre nació el 1893 en Penang) construyendo muelles y depósitos y dibujando mapas de la zona y cosas por el estilo. Los años 1897-98 fue miembro de los Consejos Ejecutivos y Legislativos (prácticamente idénticos, por descontado) de las *Strait Settlements* (las colonias del Estrecho). El año 1899 lo volvieron a destinar a Clonmel, como «oficial de reconstrucción» del distrito de Cork. Evidentemente, Irlanda resultó de nuevo favorable para su intelecto. En aquel momento se producía la encarnizada guerra de los bóers contra los ingleses. Como una especie de aficionado a los crucigramas y los rompecabezas, se puso a intentar descifrar el código empleado por los bóers en los mensajes que se habían interceptado en el Estado Libre de Orange y en el Transvaal. Podemos estar bien seguros de que rompió los códigos por voluntad propia irlandesa. Si lo hubiera hecho como parte de sus responsabilidades militares, lo habrían ascendido o habría recibido una medalla; en cambio, recibió una recompensa en efectivo del gobierno de Londres.

Hacia el año 1904 ya había vuelto al tumultuoso noroeste de la India, donde aprendió muy rápidamente el pastún mientras hacía viajes temerarios en bicicleta por el campo. Resulta curioso que, después de su muerte, un oficial inglés con quien había servido en la India en el cuerpo de ingenieros escribió a la viuda, mi abuela, una carta elogiosa en la cual lo describía como el «Paddy de Cork con un corazón de oro». El año 1909 lo reclamaron a Inglaterra, donde finalmente acabó ascendiendo a ingeniero en jefe del mando oriental. Pero, por lo que parece, sus superiores no habían olvidado su hobby. Con el estallido de la

Primera Guerra Mundial, lo llevaron inmediatamente a Londres como oficial en jefe de descifrado para el estado mayor. Ocupó esta plaza durante toda la guerra y, al mismo tiempo, ejercía de jefe de la comisión de sanidad del ejército (¿cómo se lo montaba con dos trabajos?). Por estos servicios le concedieron el título de caballero, pero no le produjo ninguna alegría. Su hijo menor, Sainthill, la niña de sus ojos, murió en noviembre de 1918 en Francia, partiéndole el corazón. De pronto se retiró a Waterford, donde compró la Big House de Ballydavid y allí murió el 1920 a los sesenta años.

Volvamos ahora a su matrimonio. Frances Anderson tenía veintiséis años y, más o menos, no era nadie cuando se casó el 3 de noviembre de 1886 con la hija mayor, de treinta y cinco años, de Purcell O’Gorman, antiguo diputado del partido de Parnell por Waterford, que murió dos años después. A mí, este matrimonio siempre me ha parecido más bien oscuro. Siempre se ha dicho que mi abuela, una joven belleza de Waterford totalmente orgullosa de serlo, había hecho caso omiso a tantos pretendientes que su padre estaba desesperado. ¿Quizá ella siempre se sintió incómoda como O’Gorman de la Iglesia de Irlanda? ¿Tal vez quería complacer finalmente a su padre? ¿O es que estaba desesperada? La verdad es que lo dudo bastante: era una mujer fortísima y caprichosa. ¿Quizá le fascinaba su trabajo criptográfico, que él empezó cuando la cortejaba? Tal vez la cuestión más fácil es: ¿por qué este soldado joven se casó con una mujer, sin duda bella, pero al menos diez años mayor que él? Dentro de la familia siempre hemos conjeturado que el matrimonio debía estar menos motivado por el amor o la pasión que por la ambición social. El padre de la novia había sido un miembro prominente del parlamento y era una figura importante en el Waterford de aquellos días. La primogenitura significaba que él, como hijo menor, no podía heredar gran cosa. Frances Alice O’Gorman tenía muy probablemente una dote decente.

Con este matrimonio, la línea irlandesa y católica de los O’Gorman se cruzó por fin con la línea exescocesa y protestante de los Anderson. Una línea de rebeldes contra el imperialismo se unió con una línea de

colonialistas e imperialistas; ambas habían «ascendido» socialmente (a través de canales bastante diferentes) a lo largo del siglo XIX. No debía ser fácil para mi padre, el mediano de los tres hijos de esta coyuntura, estar entre la adorada hermana mayor y el adorado hermano menor, que murió tan joven en la guerra designada todavía sabiamente por la gente mayor como la Gran Guerra. Quizá era una buena manera de huir el trabajar para los gobiernos chinos, que detestaba, pero al mismo tiempo para la gente china, que tanto le atraía.

Respecto a los Anderson, lo que llama más la atención es que la línea principal de descendencia mediante la primogenitura a lo largo de siete generaciones produjo, en general, gente poco destacada: la mayoría, terratenientes medios enredados en el carrusel social anglo-irlandés tan habitual. Los que destacaban eran, normalmente, los hermanos menores, que fueron abogados, médicos, funcionarios en la administración de la Iglesia de Irlanda o luchadores incondicionales en el ejército imperial.

El único de los Anderson con el cual me siento «primitivamente» vinculado y que me hubiera gustado conocer es el general Paul, el viejo solterón que sostuvo Moore moribundo entre los brazos y mantenía una correspondencia constante con la extraña dama de Palmira, a la cual Lytton Strachey no podía sino admirar incluso cuando se burlaba de ella. Al general Paul, no se le cita en la elegía para Moore de Charles Wolfe, pero yo puedo oírlo en el poema. Hay una última peculiaridad. Cuando murió en 1821 a la triste edad de treinta y dos años, Wolfe, que se había graduado en el Trinity College y trabajaba de ayudante en Donoughmore, en el condado de Down, había escrito, en su tan breve vida, un poema maravilloso. Lo publicó el año 1817 en *The Newry Telegraph*. Esto no es un detalle menor en absoluto. De vez en cuando, hay momentos en que pienso que hubiera dado un ojo de la cara por haber escrito, aunque fuera el único, un poema que alguien supiera de memoria dos siglos después de haberlo escrito y haberlo publicado en el delicioso y alocado *Munster Express* de mis días de juventud de los años 1950.

5

Supongo que las preguntas finales son las siguientes: ¿qué hago de todo lo que he sabido básicamente mucho después de ser adulto? Y, ¿de qué manera me imagino a mí mismo como irlandés?

He escrito este texto totalmente en el espíritu primitivo del parentesco selectivo y ficticio. Los javaneses tienen una expresión fantástica: «¿cómo podría la judía abandonar la caña (de bambú) que aguanta la mata?»; esta expresión muestra cómo una verdura viva se agarra a una «verdura» muerta de otro género. Buscamos en el pasado a aquellos parientes en los cuales nos reconocemos a nosotros mismos. Así pues, yo he seleccionado e imaginado una descendencia tanto de diáspora y de compromiso político como de la emancipación humana y el nacionalismo ilustrado. Por una parte, «mis» Birmania y Malasia, pero también China, Uruguay, Estados Unidos, Italia, Egipto, Francia, Mauricio, el norte de España, Palmira, Rusia, Ceilán, el Líbano, la India, hasta lo que en aquel momento era el centro del mundo musulmán, la antigua Constantinopla. Inglaterra, no mucho. Casi todos empezaron en Irlanda, aunque acabaron a miles de kilómetros de distancia. Por otra parte, la cárcel y los Irlandeses Unidos, y no el negocio de la lana, la emancipación católica ni la vida de los abogados rurales; la rebelión de 1848, y no la Iglesia de Irlanda; el partido de la *Home Rule* de Parnell, no la vida de los terratenientes o el simple vegetar. Mientras hago crucigramas y consulto textos en lenguas asiáticas exóticas y con ortografías oscuras, me satisface imaginarme a mi padre tan sinófilo, mi criptógrafo aficionado, el abuelo que hablaba pastún, el antepasado aún más lejano que vendía linajes gaélicos y los hombres políglotas y ambiciosos en París y Montevideo.

La segunda pregunta es mucho más difícil de contestar, en parte porque mi pobre padre irlandés murió tan joven (tenía cincuenta y tres años) cuando yo tenía solo diez años. Si hubiera vivido unos veinte años más, ¿quién sabe lo que hubiera hecho? Como hombre joven, lo aceptaban con dificultades en el círculo más amplio de la familia a causa de sus simpatías

fenianas. Pero después de viajar durante tantos años por todos los inmensos espacios de China, ¿se habría instalado felizmente en la pequeña Irlanda? No lo podemos saber con seguridad. Quizá, tal como él dijo una vez a mi madre, habría llevado a toda la familia a Francia. Resulta irónico que mi madre, la inglesa, es quien tuvo que arraigarme en Irlanda.

Mi madre podría haber regresado a Inglaterra después de la muerte de mi padre; y es verdad que, para escolarizarnos, envié a todos sus hijos al otro lado del mar de Irlanda. También es cierto que su padre y su hermana le aconsejaron que no se mudara a Inglaterra por una razón pragmática: que la Inglaterra de las tarjetas de racionamiento no era un lugar fácil donde vivir y que lo tendría difícil para encontrar una criada que pudiera ayudarla a hacerse cargo, ella sola, de los tres niños. Quizá mi madre ya estaba de acuerdo, pero también es probable que tuviera razones familiares para no volver a Londres: no le importaba su madrastra y la relación con su hermana era complicada. En cualquier caso, decidió quedarse en Waterford y, con el tiempo, desarrolló una profunda relación con Irlanda. Vivió felizmente hasta que envejeció demasiado para hacerse cargo ella sola de la casa. Yo la echaba mucho de menos, después de haberse mudado finalmente a Londres, junto a sus hermanos, y volvía a menudo de visita. Fue con ella, principalmente, que anduve mucho por toda Irlanda, hasta que ya no hubo ni un condado donde no hubiéramos estado una y otra vez. Ella tenía pasión por las flores y por este motivo íbamos con frecuencia al condado de Clare, los orígenes de los Gorman, a buscar orquídeas silvestres en el parque nacional del Burren, y a Kerry con los bardales de fucsias tan maravillosas y los árboles y arbustos semitropicales. Fue preciso un buen empujón para que fuera (una vez) a Irlanda del Norte, pero no estaba dispuesta a emocionarse hasta no llegar a Donegal. Siempre decía que la luz de Irlanda no se parecía a ninguna otra en el mundo.

A su manera también era una persona comprometida políticamente. Aunque protestante, no era nada fanática en cuestiones religiosas. Cuando perdía

alguna cosa que le importaba, cogía la bici para bajar a una de las iglesias católicas y encendía un cirio a San Antonio, que, insistía, la ayudaba siempre a encontrar el objeto perdido. Sin embargo, la irritaban las actitudes reaccionarias de la jerarquía católica. Mi hermana Melanie recuerda lo que pasó cuando Anna, una criada con quien tenía un fuerte vínculo, perdió a su primer bebé. El médico advirtió a la futura madre de que pondría su vida en peligro si intentaba nuevamente quedarse embarazada, mientras que el rector le dijo que no debía rechazar nunca a su marido. Mi madre estaba horrorizada y se fue corriendo a conseguirle anticonceptivos, en aquel momento ilegales (sorprendentemente, más tarde, Anna dio a luz a doce hijos y sobrevivió). Este episodio hizo que mi madre se interesara más por el sufrimiento de las pobres mujeres que se enfrentaban al peligro de dar a luz sin parar en un estado en que legalmente predominaba el punto de vista eclesiástico sobre el control de la natalidad. Recuerdo cómo se ponía furiosa cuando, los duros atardeceres de invierno, nos llevaba al Savoy a ver alguna película de vaqueros y veía cómo los sacerdotes jóvenes corrían al principio de la cola para las entradas, mientras empujaban a los niños descalzos y con mocos en la nariz para abrirse paso. También nos llevaba al teatro cada vez que pasaba alguna de las fantásticas compañías itinerantes, pero más que ninguna la compañía de McMaster. Por eso mi introducción a la literatura irlandesa proviene de Sean O'Casey. Nunca más he estado tan cautivado por el teatro. A Shaw y Swift no los conocí hasta más tarde, y Wilde y Yeats, aún más. ¿Joyce? Mi padre tenía una copia, hecha en París, del *Ulises*, que ahora me imagino que era una primera edición. Mi madre lo escondía porque lo consideraba poco adecuado para la gente joven, pero mi hermano y yo conseguimos echarle una o dos ojeadas sin entender nada.

Mi madre también tenía traza para comprar todo lo que hacía falta en el hogar y, a menudo, uno de los dos la tuvimos que acompañar. Más tarde, me contó que la parte divertida de comprar eran las conversaciones en que participaba o las que escuchaba. Y así también nos enseñó a escuchar. No olvidaré nunca el berrido que Jimmy «el Bus» dio a una monja que llevaba un ramo de flores por bajar del autobús demasiado lentamente para su gusto: «¡Mujer, baja de una vez con tus malditas hierbas!».

Las peculiares tecnologías domésticas del Waterford de poco después de la Guerra eran inolvidables. La horquilla de tostar que nos permitía impregnar el pan del desayuno con una capa grasienta de humo de turba. El «cacharro» que nos calentaba las sábanas húmedas y los pies que temblaban de frío. Per encima de todo, la misteriosa antiflogistina, una arcilla pegajosa, muy caliente y de un gris oscuro con que nos cubrían los pechos y las espaldas infantiles cuando cogíamos alguna bronquitis o neumonía. De escondidas, descubrí que tenía un gusto bastante bueno, como de menta. Posiblemente todavía se utilizan las horquillas de tostar, pero supongo que el «cacharro» ya solo se puede encontrar en tiendas de antigüedades. En cuanto a la antiflogistina, ¿verdad que nadie menor de cincuenta ni tan solo ha oído hablar de ella y, menos todavía, la ha probado como quien no quiere la cosa?

En realidad, la respuesta a la segunda pregunta se encuentra aquí y no en los antepasados de la imaginación. Irlanda es el lugar donde pasé la infancia, donde ahumaba mi tostada y donde pasaba las bronquitis; la conocía como nunca conocí Inglaterra (que, para mí, no era más que el aislamiento amurallado de los internados y estancias breves con mi abuelo materno en Londres). Este vínculo lo tengo que agradecer nada más a dos personas, mi padre irlandés y mi madre inglesa.

